

tantos avisos y proteccion que dispensó á Alfonso VI en la conquista de Toledo, á Alfonso VII en la de Burgos, á Alfonso IX en la de Mérida, y á S. Fernando en la importantísima de Sevilla.

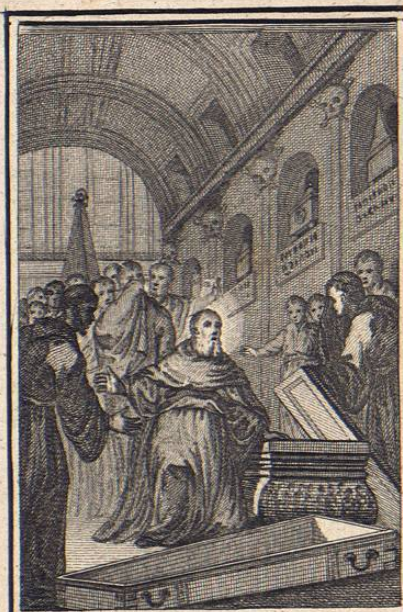
SAN PLATON, ABAD.

FUÉ S. Platon hijo de Sergio y de Eufemia, cuya virtud era igual á la calidad, y ambos eran venerados en Constantinopla por modelos de la vida cristiana entre la nobleza. Nació por los años de 734. Era la virtud como hereditaria en aquella dichosa familia. Tuvo Platon dos hermanas, las cuales se distinguieron en el mundo, mas que por su ilustre nacimiento y por sus singulares prendas, por su vida ejemplar. Por lo que toca al mismo Platon, se puede decir con verdad que mamó la devocion con la leche, sin que jamás hubiese aflojado en sus virtuosas inclinaciones, ni manchado el candor de su inocencia.

Irritada la ira de Dios con las profanaciones y sacrilegios del impio emperador Constantino Copronimo, enemigo declarado de Jesucristo y de sus santos, afligia al imperio con un terrible azote que le desolaba. Era una especie de peste inaudita y misteriosa: aparecia de repente sobre los vestidos una cruz de color azul, formada con perfeccion, y al mismo punto la persona en quien se dejaba ver esta señal, se sentia tocada del contagio, y espiraba sin remedio pocas horas despues. El rigor de este azote se esperimentó en Constantinopla mas que en otra alguna parte del imperio; perecieron mas de los dos tercios de aquella populósima ciudad con muerte repentina, tocó esta suerte al padre y á la madre de nuestro Santo.

Quedó Platon muy niño, encomendado á la tutela de un tio suyo que atendió con particular desvelo á su cristiana educacion. Aprovechóse bien de ella. No habia en Constantinopla jóven de su edad de ingenio mas pronto, mas penetrante ni mas desembarazado; de mejor corazon, de mas blando natural, ni de modales mas nobles y mas cortesanos. Sobresalia principalmente su habilidad en el manejo de los negocios; y hallándose á la sazón su tio, y curador, en el empleo de tesorero general del imperio, le dedicó á una mesa de su misma oficina, donde en poco tiempo dió tan grandes pruebas de su exacta hombría de bien y de sus raros talentos, que apenas se hablaba en la corte de otra cosa.

Como juntaba una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á aquella gran madurez de juicio y solidez de entendi-



S. PLATON ABAD.

miento, descubrió sin dificultad los lazos que el mundo iba armando á su inocencia. Hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una fortuna brillante, en que le esperaba su propio mérito. Inútilmente pusieron su virtud á la mayor prueba con todo aquello que mas pudiera tentar á cualquiera otro corazon menos desengañado ó menos sólido. Inútilmente le presentaron los mas apreciables partidos, le brindaron con los mas elevados empleos. Nunca le deslumbraron las aparentes brillos, de que tanto se paga el mundo. Inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba. Y aunque jóven rico, y en medio de una corte, donde todo convidaba á la diversion, vivia con la circunspeccion, con el arreglo, con la devocion que pudiera un solitario. El tiempo que los otros jóvenes de su edad y de su esfera dedicaban ordinariamente al juego y á las diversiones, le empleaba él en leer libros espirituales, en oracion y en obras de caridad. Esta virtud tan ejemplar añadia mucho esplendor á su mérito. Todos aplaudian y aun veneraban á Platon como á la maravilla de la corte, cuando Dios le inspiró la resolucion de dejarla, por atender únicamente al cuidado de su propia salvacion.

Resuelto ya el sacrificio, distribuyó los grandes y ricos bienes que habia heredado de sus padres, parte en sus hermanas, y lo demás entre los pobres. Rotos estos lazos, salió de Constantinopla á los veinte y cuatro años de su edad, cortado el cabello, vestido de una ropa negra, y se encaminó al monasterio del monte Olimpo, en el sitio llamado *los Símbolos*, para entregarse á la disciplina de Teoctisto, abad de aquel monasterio.

Informado el santo abad de su nombre, calidad y pocos años, le pareció que un temperamento tan delicado no podria con vida tan rigurosa, y no perdonó á medio alguno para desviarle de aquel intento; pero quedó asombrado cuando oyó la resolucion del generoso mancebo: *¿Qué importa, le dijo, que sea de complexion débil, si la voluntad es robusta? Pues qué, ¿no hemos de contar algo con la gracia? Yo, padre, no vengo aquí para darme á Dios á medias; tú has de ser el absoluto dueño de mi espíritu, de mi voluntad y de mi vida. A la verdad no podré hacer cosas grandes, pero sabré obedecer.*

Acreditó admirablemente su proceder la sinceridad de su promesa. No hubo hombre mas humilde, mas mortificado, mas exacto, mas rendido. Hechizado el santo abad de las admirables disposiciones del nuevo discípulo, no omitió diligencia ni arbitrio alguno que fuese conducente para cultivar aquel nobilísimo terreno. Ocupábale siempre mucho, y le mortificaba mucho mas.

Acrisolaba su virtud con sensibles humillaciones, y la ejercitaba en continuas pruebas. Como nuestro Santo únicamente suspiraba por conseguir la mas encumbrada perfeccion, hizo tan grandes progresos en ella bajo la disciplina de tan hábil maestro, que muerto Teoctisto, no quisieron los monges otro superior. En vano se resistió su humildad; la unánime aclamacion de todo el monasterio era prueba de que Dios le queria en aquel empleo, y él le desempeñó dignamente.

Viéndose á la frente de todos, comprendió que era obligacion precisa suya ser superior á todos en todo género de virtudes; y procediendo segun este concepto, solo se conocia que era superior por lo que sobresalian sus ejemplos. Acostumbraba decir que un superior habia de mandar mas con las obras que con las palabras, porque estas mudas exhortaciones hacian mas efecto que los discursos mas elocuentes.

Nunca se le veia ocioso: la oracion y la lectura de los santos Padres y de la sagrada Escritura eran todas sus delicias. Su sobrino Teodoro Studita, que escribió su vida, dice que apenas se pueden contar los muchos extractos que hizo de los lugares mas escogidos de los santos Padres; y que todos los libros espirituales, que en tan gran número se hallaban en los monasterios, eran efecto de su laboriosidad y piadosísimo trabajo.

Mientras nuestro Santo se dedicaba con tanto desvelo á que floreciese la observancia y el fervor en su monasterio, el emperador Constantino Copronimo turbaba la Iglesia de Jesucristo con la guerra que habia declarado á las imágenes de los santos y á los defensores de ellas. Fué horrible la persecucion; y fué mas cruel contra los monges, por haberse declarado los mas ardientes defensores de la verdad católica contra el error del impío emperador. Fueron pocos los monasterios que no se llorasen arrasados; eran desterrados los monges mas santos y mas zelosos; y muchos de ellos recibieron la corona del martirio. Pero el Señor, que nunca desampara á su rebaño, conservó á nuestro Santo en el corazon del desierto para volver á encender en él la fe y el fervor despues de la tempestad.

Obligándole algunos negocios á pasar á la corte de Constantinopla, fué recibido en ella como el ángel del desierto. Su presencia animó en todos la piedad, y no contribuyó poco á extinguir las miserables reliquias del incendio que habia escitado la herejía de los iconoclastas. Hizo famosas conversiones, restituyó á su antiguo ser la disciplina religiosa en las comunidades; el zelo y la edificacion en el estado eclesiástico; la reformation de costumbres en todos los estados; y en fin, refloreció con su

presencia la religion de tal manera, que parecia haber mudado de semblante toda la corte.

En medio de tan gloriosas como trabajosas fatigas en que le empeñaba el zelo y la caridad, no se dispensó en algunas de sus ordinarias penitencias. Instóle el patriarca de Constantinopla para que admitiese el obispado de Nicomedia, pero no fué posible vencer su profunda humildad. Suspiraba continuamente por su amado desierto, y así se retiró á él con la mayor presteza luego que se lo permitieron los negocios que le llevaron á la corte; pero su gran reputacion inquietó presto su retiro. Querian que á lo menos viviese cerca de la corte imperial, donde habia hecho en tan poco tiempo tan portentosas conversiones; y sin dar oidos á las muchas razones que alegó, ni rendirse á la resistencia que hizo, le obligaron á aceptar el gobierno del monasterio de Sacudio, ó Sacudion, cerca de Constantinopla.

Luego que entró en él restituyó á su antiguo rigor y pureza la regla de S. Basilio. Despdió todos los criados que dormian dentro de las cercas del monasterio, aunque fuera de la clausura, y cuidaban del ganado que se criaba en los pastos que habia sin salir del recinto de las mismas cercas. Desembarazada la casa del ruido de los seglares, volvió á entrar en ella el espíritu de soledad y el monástico silencio. Esta reforma le ocasionó grandes pesadumbres y persecuciones; pero con su teson, con su mansedumbre y con sus ejemplos salió al cabo con todo cuanto intentaba.

El año de 786 asistió al sínodo de Constantinopla en la iglesia de los santos Apóstoles, y en él defendió el culto de las santas imágenes con tanto zelo, con tanta elocuencia y con tanta intrepidez, que desconcertó las artificiosas medidas de los herejes, y consiguió que triunfase la verdad. El año siguiente se halló en el segundo concilio Niceno general, al que suscribió como abad de Sacudion, y donde trabajó tan eficazmente con S. Tarasio y los demás padres del concilio en restituir el culto de las sagradas imágenes, que los iconoclastas le aborrecieron siempre como á su mas cruel azote. Vuelto á su monasterio, pasó siete años continuos en la mayor abstraccion y retiro, y en el ejercicio de rigurosas penitencias. Pero habiendo caido enfermo, se valió de este pretesto para renunciar la abadía, en la cual le sucedió su sobrino Teodoro.

Habiendo repudiado á la emperatriz Maria, su legítima mujer, el emperador Constantino, hijo de la emperatriz Irene, se casó públicamente, con escándalo de toda la Iglesia, con Teodora, dama de la misma emperatriz, y parienta muy cercana de

nuestro Santo. Con todo eso él y su sobrino Teodoro fueron casi los únicos que no acertaron á disimular tan gran maldad. Y aunque el emperador se valió de cuantos medios pudo para reducirle al partido de su escandalosa pasión, de ruegos, de promesas y de amenazas, nada bastó para doblar su generosa entereza y su religion. Esto le ocasionó una persecucion deshecha y cruel. Fueron maltratados todos sus religiosos, y alcanzó la desgracia hasta á muchos de sus parientes; pero ni por eso blandió su zelo, ni se alteró su tranquilidad. Vió el mundo, no sin admiracion, por largo tiempo en un estrecho calabozo, tan sereno y tan recogido como si estuviera en su celda, aunque el carcelero, á quien se encargó su custodia, era el mismo clérigo que habia asistido al ilegítimo matrimonio de los adúlteros.

Pero habiendo muerto desgraciada y repentinamente el emperador, la emperatriz Irene le volvió á enviar á su monasterio de Sacudio colmado de honras, y venerándole como á mártir. Hicieron los bárbaros por este tiempo una irrupcion en aquellas partes, lo que obligó á Platon á retirarse al monasterio de Studio. Los monges quisieron precisarle á que admitiese aquella abadía; pero el Santo se mantuvo firme en no aceptarla, queriendo vivir no solo como particular, sino en cierta manera como recluso. El teson con que se mantuvo en no admitir á la comunión al clérigo que habia asistido al escandaloso matrimonio del difunto emperador, escitó contra él otra nueva persecucion de su sucesor Nicéforo. Enconaron tanto el ánimo de este principe los herejes encubiertos que seguian la corte, y eran enemigos mortales de nuestro Santo, que le desterró á una de las islas del Bósforo. Pero muerto Nicéforo á manos de los Escitas, y derrotado su ejército, el emperador Miguel, que le sucedió, y era principe piadoso, levantó el destierro á Platon. Mas los grandes trabajos que habia padecido, su mucha ancianidad y sus continuas rigurosas penitencias, aceleraron su muerte. Viendo que se iba acercando la última hora, llamó á todos los monges, que eran mas de novecientos, y dándoles su bendicion, les rogó que le condujesen á la sepultura que habia destinado. Luego que la vió, exclamó lleno de consuelo: *Esté es el lugar de mi descanso hasta el fin de los siglos*; y añadió despues: *el Señor cumple los deseos de los que le temen, y los libra de sus males*. Concurrieron las personas más distinguidas de la ciudad á recibir su bendicion, y á encomendarse en sus oraciones, siendo de este número el patriarca Nicéforo. No dejó Platon de orar hasta que dejó de vivir, continuando su amorosa union con el Señor hasta el último suspiro. En fin, habiendo rogado á Dios en alta voz por todos sus hermanos, por

toda la santa Iglesia, y en particular por todos los que le habian perseguido, murió santamente el sábado de Ramos del año 813, á los setenta y nueve de su edad, habiendo pasado los cincuenta y cinco en el monasterio.

Escribió su vida su sobrino y sucesor S. Teodoro Studita, y da fin á ella con esta devota oracion, dirigida á su santo tio.

«Santo Padre mio, dignate desde lo alto del cielo, adonde te ha colocado el Señor, de volver hácia mi tus benignos ojos, y de ser, por tu intercesion, mi apoyo, mi luz y mi guia. *Pasce mecum hunc gregem, quem multo labore, et sudore collegisti*: Ayúdame á instruir y á gobernar santamente este rebaño que juntaste con tantos sudores y fatigas. *Ut tuis insistens vestigiis ambulet per viam mandatorum Dei*: para que siguiendo tus pasos, é imitando tus ejemplos, jamás se aparte de los caminos y mandamientos de Dios. *Observa, fove, propugna tum magnos, quam parvos quemadmodum te rogavi in hora exitus tui*: Vela, conserva y defiende, así á los grandes como á los pequeños, como te lo supliqué en la hora de la muerte. *Tui enim sunt omnes*; porque grandes y pequeños, tuyos son todos, no menos que míos, á quien tú quisiste darles por padre, para que teniéndote por nuestro protector en la presencia de Dios, no temamos á nuestros enemigos, nunca caigamos en error, nos mantengamos firmes en la fe, miremos con horror toda relajacion, y perseveremos hasta el último suspiro en la santidad de vida que abrazamos en Jesucristo nuestro Señor, á quien sea gloria, honra y poder, con el Padre y con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos. Amen.»

La misa es en honor de S. Isidoro: y la oracion la que sigue:

O Dios, que diste á tu pueblo al bienaventurado Isidoro en la tierra tuvimos por maestro por ministro de la salud eterna: intercesor en los cielos á quien en la tierra tuvimos por maestro de la vida. Por nuestro Señor, etc. concédenos que tengamos por

La Epistola es de la segunda del apóstol S. Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Carisimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo, que muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fue-

ra de tiempo; que reprendas, supliques, amenazas con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oído, y no querrán oír la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministe-

rio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel día, el justo juez: y no solo á mí, sino también á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Negarán los oídos á la verdad. Es la verdad la cosa mas digna de la curiosidad de los hombres. Por una parte se desea, y por otra parece que se rezela encontrarla. Preguntó Pilato á Cristo, qué cosa es la verdad, y no quiso esperar su respuesta. Hoy ni hay valor para decir la verdad, ni tampoco hay espíritu para oírla. Gusta mucho á la razón, pero desagrada al amor propio: es enemiga de todas las pasiones, y por lo mismo todas ellas la hacen una sangrienta guerra. Demuéstrase sin trabajo la verdad, sobre todo en punto de religion; brilla como un astro, pero solo á los ojos sanos y despejados, á entendimientos derechos, á corazones puros y dóciles. Las nieblas que la ofuscan, nacen de nuestro terreno. Búscase la verdad, pero por caminos que nos desvian de ella, y por preocupaciones que nos ciegan. Cuando nos domina la pasión, si se hacen algunos esfuerzos, solamente son para oscurecer la verdad. Es el error la primogénita de todas las pasiones. Ningun hereje dejaria de conocer que iba errado, si la pasión no fuera la madre de todos los cismas, y de todas las herejías. Dejé de ser esclava la razón, obre sin preocupacion el juicio, estingase la pasión; y al punto se dejará ver la luz de la verdad. ¿Condena la Iglesia un divorcio, un adulterio escandaloso? pues rebélase el príncipe contra la Iglesia. La pasión victoriosa nunca triunfa á medias. Abandona aquel príncipe la fe, por no abandonar su pasión; y fortificándose ésta con los primeros excesos, le conduce al último precipicio. Muda de religion, porque la Iglesia no le permite mudar de mujer. Trastorna todas las leyes; fórgase un nuevo sistema de Iglesia; y por una serie de errores, que vienen á parar en la última ceguera, se hace cabeza de ella. Este es el gran fundador de la Iglesia

anglicana, y esta la famosa época de su fundacion. Una forma de Iglesia, desconocida á los nuevos cristianos, encerrada en una isla; una pasión violenta que suplió, que hizo las veces de revelacion; unos hombres capaces de honestas costumbres, cultivados, y aun hábiles en las artes y en las ciencias, ni ven, ni sienten la ridiculez de aquel confuso caos, de aquel fantasma de religion, y de aquel monton atropellado de sectas. ¡Buen Dios! ¡y hasta dónde son capaces de llegar los descaminos del corazón humano cuando se llegó á perder la fe! Pero la verdad mantiene siempre un lenguaje uniforme. ¿De dónde nacen aquellas interminables variaciones en todas las sectas, en todos los nuevos sistemas de religion? Pretéstase el especioso nombre de amor á la verdad, así como se adopta el cauteloso título ó sobrescrito de reforma. Pero de buena fe; ¿es la verdad la que se busca? ¿es la reforma la que se practica? salvo que se llame reforma el cortar todo lo que desagrada á los sentidos, todo lo que se opone á la sensualidad, y todo lo que encadena al amor propio. Solo se pretende satisfacer tranquilamente á la pasión, contentar el espíritu de orgullo, de desquite y de venganza: solo se pretende acallar los gritos de la conciencia en los descaminos y en los errores: esto es lo que en el fondo se busca, y de ningún modo se busca la verdad. A esto se dirigen todos los cuidados, todo el estudio y todos los esfuerzos que se hacen para defender el cisma y el error.

El Evangelio es del capítulo 25 de S. Mateo, y el mismo que el día 1, pág. 16.

MEDITACION.

De los medios para conseguir la salvacion, comunes á todos los cristianos.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no se contentó Dios con criarnos para él mismo, como para nuestro último fin; quiso también, por un efecto de su infinita bondad, obligarnos indispensablemente á ir á él, por la multitud de medios que nos preparó para caminar al mismo último fin. No hay criatura alguna, que considerada en sí misma, no nos sirva de medio para conocer y amar á Dios: si alguna nos sirve de estorbo, es porque abusamos de ella. Los bienes y los males de esta vida; hasta los mismos trabajos que nos envia Dios para castigar nuestros pecados; todo puede conducir para facilitarnos nuestra salvacion. Nuestros

propios defectos pueden tambien contribuir á lo mismo. No tenemos enemigo mas mortal de nuestra salvacion que el demonio: en medio de eso, sus artificios, sus lazos y sus tentaciones pueden servir para salvarnos. Es necesario la gracia para arribar á nuestro último fin, es verdad; sin ella serian inútiles nuestros mayores esfuerzos, no hay duda; mas tambien es artículo de fe, que nosotros podemos faltar á la gracia, pero que la gracia nunca nos puede faltar, y que no hay en el infierno un solo condenado, que no se hubiese condenado por culpa suya, porque quiso, porque no le dió la gana de aprovecharse de los medios que tuvo para salvarse. Somos flacos, no se puede negar; son muy frecuentes las ocasiones, y por la corrupcion que causó el pecado en el corazon del hombre, tenemos una furiosa inclinacion á lo malo; ¿pero se pudieran desear auxilios mas poderosos que los que tenemos para no caer, y para levantarnos despues de haber caido? ¿Hemos considerado alguna vez lo fácil que es conseguir nuestra salvacion, como nos queramos aprovechar de los grandes medios que tenemos para conseguirla? Tantos sacramentos, en los cuales se nos aplican los infinitos méritos de nuestro Señor Jesucristo: sacramentos, que, por decirlo así, son como un baño de su preciosísima sangre, en los cuales halla el alma tantos socorros para sus necesidades: sacramentos, remedios saludables, inagotables fuentes de tantas gracias, ¿no serán medios fáciles y eficaces para llegar seguramente á nuestro último fin? A los discípulos del Salvador les era fácil ser santos, teniendo continuamente á la vista al Santo de los santos; ¿será muy dificultoso para nosotros, teniéndole tambien perpetuamente en nuestra compañía? Aquellos eran dichosos, porque podian conseguir del divino Salvador lo que deseaban; ¿serémoslo menos nosotros, poseyendo á Jesucristo en la Eucaristía? Tambien la oracion es un medio muy eficaz, puesto que el Señor nos empenó su palabra, y se obligó solemnemente á concedernos todo cuanto en su nombre le pidiésemos. Ninguna cosa esceptuó en esta obligacion que nos hizo, y esta obligacion la estendió indiferentemente á todo género de personas. No hay mas que pedir; ¿y esto quién no lo sabe hacer? ¿Pero se le piden con mucha instancia estas gracias? ¿y se hacen muchas diligencias para merecerlas?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que aun cuando no tuviéramos mas que el sacrificio de la misa y del altar, parecia debiera ser bastante para asegurar nuestra salvacion. Por grandes que sean las gracias de que tenemos necesidad, ¿se puede imaginar que un Dios presentado, que un Dios ofrecido por precio de estas

gracias, no sea capaz de conseguírnoslas? Debemos mucho á la justicia de Dios, es innegable: necesitamos de auxilios muy extraordinarios; pero una sola comunión, una sola misa, nos puede socorrer con lo que nos sobre para pagar estas deudas; para satisfacer por todas nuestras obligaciones. Tenemos á la mano una hostia, que no puede Dios desdeñar; una hostia capaz de borrar todos los pecados de los hombres; ¿en quién consistirá que no borre los míos? Ciertamente, si se hubiera puesto en nuestro arbitrio, si se hubiera dejado á nuestra libertad la eleccion de medios propios para hacer nuestra salvacion; ¿nos hubiera pasado jamás por el pensamiento escogerlos tan poderosos, tan fáciles y en tanto número? ¿Se nos hubiera nunca ofrecido pedir tanto como Jesucristo nos dió liberalmente? ¿Qué de gracias! ¿qué de auxilios espirituales! ¿qué de sacramentos, manantiales fecundísimos de todas las gracias! ¿Pero qué uso hemos hecho de tantos medios? ¿cómo nos hemos aprovechado de tantos auxilios? ¿y qué señal será la de no habernos aprovechado? A la verdad, es menester tener bien poca gana de salvarse, cuando se condena uno con tantos, tan fáciles, y tan eficaces medios para conseguir la salvacion. ¿Qué disculpa tendrémos, qué pretexto, aun levisísimamente plausible, podrémos alegar para no haberlo hecho? ¿Qué responderémos á la reconvencion, con que nos darán en cara los infieles, y aun el mismo Jesucristo? ¿Qué dolor para un cristiano haberse condenado con tantos auxilios! ¿Qué desesperacion la mia, si con tantos auxilios me condeno? ¿Y qué otra cosa debo esperar, si no me aprovecho de estos medios, mejor que me he aprovechado hasta aquí? ¿Qué obras ha producido en mí esta fe; la cual es una fe muerta sin las obras? ¿Cuántas veces me he llegado al sacramento de la penitencia desde que fui pecador? ¿Y desde que me llegué á este sacramento, he sido mas penitente?

«Serélo, Señor, de aquí adelante, mediante vuestra divina gracia. No me la negueis esta vez, aunque tantas otras no me haya aprovechado de ella: resuelto estoy á emplear mejor en lo por venir los medios que me habeis dado para mi salvacion: haced que sea eficaz este mi propósito.

JACULATORIAS.—Ojalá, Señor, que en adelante nunca me desvie del camino de tus mandamientos. (*Psalm. 118.*)

Grabada tengo, Señor, en mi corazon vuestra santa ley, á fin de no ofenderos jamás. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Al ver que unas casas opulentas, unas familias poderosas, unas fortunas brillantes de repente se deshacen, y caen precipitadamente en la mendiguez y en el olvido, por contratiempos imprevistos, sin que tuviese parte en aquella desgracia ni la falta de prudencia, ni la falta de conducta; todos se mueven á compasion, todos se lamentan de aquel infortunio, y todos adoran los secretos juicios de la divina Providencia. Pero cuando se ven unos hijos, á quienes un padre cuerdo, prudente y de cabeza, dejó inmensos bienes, poderosas protecciones, mucha honra, mucha estimacion y todo género de medios para que fácilmente se pudiesen adelantar, haciéndose mas poderosos y mas ilustres; y estos hijos, por sus viles y viciosas inclinaciones, por una especie de fanatismo, por su brutalidad, y por sus estragadas costumbres disipan miserablemente en glotonerías, en torpezas y en escesos, como el hijo pródigo, todos aquellos grandes bienes; ni se quieren aprovechar de aquellos grandes medios, y se hacen infelices por su culpa y por su antojo; léjos de tenerlos lástima, todo el mundo se indigna contra ellos. En este caso nos hallamos nosotros, respecto de los bienes espirituales, de que Jesucristo nos dejó herederos, y respecto de los medios que nos proporcionó para adelantar esta herencia, de los cuales no queremos usar, ó abusamos de ellos por culpa nuestra. Enmienda, repara desde luego este abuso; aprovéchate de tantos medios, sobre todo de los sacramentos, de la real presencia de Jesucristo en el altar, y del poderoso auxilio de la oracion, considerando que en tus manos está, por decirlo así, hacer eternamente tu fortuna.

2 Ninguna devocion, por ligera que parezca, has de despreciar: todas son importantes para la salvacion. Guárdate bien de que sirvan para tu condenacion las que ahora se te proponen: ninguna es inútil; pocas hay que no sean convenientes, y aun acaso tambien necesarias. Cada dia has de hacer con mayor fervor los ejercicios espirituales. Como todos los dias se hace la oracion de la mañana y de la noche; como todos los dias se reza el rosario y se cumple con otras devociones, hay gran peligro de que todo se haga de memoria y por costumbre; y ésta, si no se anima cada vez con motivos sobrenaturales, presto degenera. Se reza como por carretilla; se confiesa y se comulga sin fervor; se pone delante de Jesucristo sin devocion y sin respeto. A lo mas, solo se tiene una devocion fria, seca y estéril. No quieras que en adelante sean inútiles para tí unos medios tan poderosos para tu salvacion.